

SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORES HONORIS CAUSA GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ Y STEPHEN WHITAKER

Salamanca, 10 de febrero de 2011



Discurso del Dr. Germán Sánchez Ruipérez

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades
Claustro y Alumnos,
Señoras y señores:

Permitan que mis primeras palabras sean de emocionada y sincera gratitud.

A la Universidad de Salamanca y a su Junta de Gobierno, por concederme un título que me satisface como pocos otros podrían hacerlo.

A la doctora María José Rodríguez Conde, por su cálida y entrañable laudatio, nacida, desde luego, más del afecto que de los méritos reales que yo pudiera presentar.

Y a todos ustedes por su asistencia a este acto que, precisamente por ello, se vuelve para mí aún más cordial y entrañable.

Igualmente deseo expresar mi felicitación al profesor Stephen Whitaker, ejemplo extraordinario de vocación por la ciencia, con el que me honro en compartir esta solemne ceremonia.

Excelentísimo y Magnífico señor Rector,
Autoridades,
Señoras y señores:

Hoy vivo un sueño del que nunca quisiera despertar: saberme, gracias a vuestra generosidad, miembro definitivo de la admirable Universidad de Salamanca.

¡Cuántas veces, a lo largo de mi infancia y primera adolescencia, imaginé ingresar como alumno en esta prestigiosa institución! ¡Cuántas me vi ya paseando por sus claustros, disfrutando las lecciones de sus maestros, descubriendo los tesoros de su incomparable biblioteca...!

Esa era mi gran y anhelada ilusión. Pero a ella hube de renunciar, pues razones de índole familiar, en aquella España de dura postguerra, a ello me obligaron.

Corría el año 1942, y mi familia acababa de adquirir en Salamanca la librería Cervantes. Para ayudarle en su tarea, mi padre pidió mi colaboración. Y yo, sin dudarle un momento, a ello me dispuse, a pesar de saber que semejante decisión equivaldría a no poder iniciar mis ansiados estudios de Medicina.

Mis padres me habían inculcado el valor de la responsabilidad. También del sacrificio, cuando éste fuera necesario. Y, por ello, entendí que aquel entonces era mi deber, al que me entregué por entero, contribuyendo a que Cervantes, al cabo de no mucho tiempo, se alzara ya como lo que hoy sigue siendo: todo un emblema cultural de nuestra ciudad.



Así pues, la decisión de trabajar en Cervantes impidió mi ingreso en la Universidad. Pero, en absoluto, fue óbice para que la Universidad en su conjunto, y precisamente por influjo de la propia librería, dejase de alimentar y enriquecer mi vida.

Y es que, desde sus inicios, Cervantes quiso ser una extensión más de la Universidad salmantina. Con tal intención disponíamos sus fondos bibliográficos, adquiríamos las novedades y tratábamos de responder a las peticiones que, de forma creciente, recibíamos del mundo universitario.

Por ello, diariamente nos visitaban decenas, centenares de alumnos. Y muchos de los más insignes profesores que componían el magnífico cuerpo docente de nuestra Universidad. Personalidades como don César Real de la Riva, don Alfonso Balcells, don Germán Ancochea, don Manuel Alvar, don Enrique Tierno Galván, don Joaquín Ruiz Jiménez, don Antonio Tovar... frecuentaban nuestro establecimiento, haciéndonos partícipes de sus inquietudes y proyectos.

A mí me agradaba atenderles personalmente. Porque de ellos recibía lecciones inolvidables. Y porque siempre aprecié la oportunidad que se me brindaba de intimar con personas de semejante talento.

Muchos de aquellos profesores se convirtieron en mis mejores amigos. Y, por encima de todos lo fue quien, a sus veintiséis años de edad, llegaba a Salamanca como el catedrático universitario más joven de España. Aquel aragonés de cultura amplísima y elegantes maneras que, como primera providencia en la ciudad, visitó nuestra librería. Y al que tuve el inmenso placer de saludar y recibir: Fernando Lázaro Carreter.

De aquel primer encuentro surgió el germen de una amistad fraterna, prolongada después a lo largo de más de cuarenta años y jalonada de múltiples y comunes éxitos profesionales. Nada me complace más que evocar aquí su imborrable recuerdo, en esta misma Universidad de Salamanca, tan ligada a su memoria, del mismo modo que él, y todos los suyos, al más cálido de mis afectos. Pasó el tiempo. Y, con él, dieciséis años de mi vida, trabajando incansablemente en la librería. La década de los cincuenta estaba próxima a expirar. Y yo, a punto de abandonar el negocio familiar para convertirme en un editor independiente.

Para ello, disponía de los conocimientos y relaciones adquiridos en mis años de librero. Pero, sobre todo, de un inmenso capital de ilusión, de entusiasmo. Y de la ayuda y el apoyo que siempre me brindó quien era ya mi esposa, Ofelia Grande Rodríguez, la persona más importante de mi vida. Nada de lo que he sido capaz de realizar hubiera sido posible sin su concurso. Y ninguno de los méritos que se me atribuyen dejan de ser suyos mucho antes que míos.

Pues bien, en aquel año de 1958 inicié la andadura de mi propia editorial. Y en ella la Universidad salmantina también se hizo nítidamente presente.

De nuestra Universidad tomé precisamente el nombre que, con tanta fortuna, ha identificado siempre a la empresa: Anaya. E, incluso, de aquel mismo edificio del Colegio Anaya, entonces sede de la Facultad de Letras, procedió la imagen de nuestro primer logotipo en el que, de forma esquemática, se plasmaba la bellísima fachada neoclásica que lo adorna.

Pero aún de mayor importancia fue la aportación que diversos profesores de esta Universidad hicieron a nuestro catálogo, con abundante presencia de muchas de sus obras. Algo que felizmente se mantuvo siempre, incluso cuando Anaya – ya a partir de los años setenta- se convirtió en el primero de los grandes Grupos Editoriales españoles, cuyo liderazgo abarcaba –



como felizmente aún sigue ocurriendo – la totalidad del territorio nacional, el ámbito europeo. Y, muy especialmente, el continente americano.

Grupo Anaya alcanzaba así una envidiable dimensión internacional, pero, por expreso deseo mío, sin jamás renunciar a su raíz salmantina y, menos aún, a la relación continua y fructífera con esta Universidad.

Tal vez por ello, mediados los años ochenta, y a propuesta del entonces rector, don Pedro Amat, y del Ministro de Educación, don José María Maravall, tuve el honor de ser nombrado primer Presidente del Consejo Social de esta casa. Durante mi mandato, traté de transferir a la Universidad lo mejor de mi experiencia, colaborando así en el proceso de modernización que esta institución había ya emprendido.

No fueron tiempos fáciles. Pero de aquella etapa, por encima de cualquier otra sensación, me queda el eco de la enorme ilusión con la que siempre la afronté y el recuerdo de un trabajo honesto que espero redundara en beneficio de esta casa a la que tanto aprecio.

Además, aquel nuevo contacto con la Universidad, fortaleció en mí la determinación de impulsar el más querido de mis proyectos, creado pocos años antes. Una iniciativa que, como la propia Universidad, surgía con auténtica vocación de servicio. Y, como ella, firmemente aliada con el aprendizaje y el saber; la educación y la cultura. Me refiero a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, oficialmente constituida un 27 de octubre de 1981 y a la que hoy igualmente honráis.

De siempre quise que la Fundación fuese mi obra definitiva. La que superase incluso los propios límites de mi periplo vital. La que, proyectando y conteniendo cuanto soy, expresara, como ninguna otra de mis creaciones, mi compromiso con la sociedad y quienes la integran y mis deseos de dejar, para la posteridad, una huella duradera de mi paso por este mundo.

Soy hombre de la edición y del libro. Y, como tal y por ello, deseé que mi Fundación hiciera de la lectura su eje vertebrador.

Al convertir la lectura en el objetivo principal de nuestra actividad, anticipábamos la función estratégica que la misma iba a alcanzar en nuestra contemporaneidad, como llave maestra para interpretar, comprender, valorar, asimilar y compartir el inmenso caudal informativo que hoy ya nos rodea.

Jamás, en la sociedad, fue tan decisiva la condición lectora. Como tampoco jamás la lectura amplió de forma más ambiciosa y necesaria su propia semántica.

Leer la palabra, leer el texto, por supuesto. Pero también leer la imagen. La Música. La Historia. El Arte. La Ciencia...

Leer para el compromiso. Para el ejercicio pleno de la libertad. Para la búsqueda incansable de la verdad. Leer, en suma, para la creación de ciudadanos independientes, con criterio, corazón y razón; solidarios y participativos; protagonistas activos de su propia realidad, donde ya casi nada volverá a ser como solía. Porque no vivimos una época de cambios: vivimos el cambio de una época, en que todo se muda de forma imparable.

¿Y cómo prepararnos para ese nuevo paisaje que ahora se dibuja? ¿Cómo dotarnos de cuanto necesitaremos para una singladura de tan difícil pronóstico?

Sólo se me ocurre una respuesta: redoblando nuestra confianza y apuesta por la educación, de la que toda lectura es inseparable. Por la formación permanente de las personas. Por el cultivo de

sus ansias infinitas de aprender y de saber. Que un país vale, sobre todo, lo que vale su educación, lo que vale su cultura.

Si creemos firmemente en la educación -cuyo mejor testimonio lo tuve en mi madre, maestra, y en una de sus hermanas, también docente- nos acompañará siempre el imprescindible sentido de la esperanza. Es imposible ser educador desde el tedio o la rendición. Y desde esa visión comprometida y optimista de la vida podremos entender cualquiera de los nuevos escenarios que se nos presenten como extraordinarias oportunidades para el crecimiento y la mejora.

El mundo evoluciona. Y, a pesar de ciertas apariencias, lo hace a mejor. Desdeñad el coro de los grillos que cantan al catastrofismo y la derrota. Desconfiad de quienes, por su interés, buscan nuestra vencida resignación. Y mantened inalterable vuestra confianza en la persona. En sus derechos. En su legítima aspiración a una convivencia solidaria, equilibrada y sostenible que, en la educación y en la lectura, encontrará siempre su más firme fundamento.

Magnífico y Excelentísimo señor Rector,

Autoridades,

Señoras y señores:

Inicié mi intervención expresándoos a todos mi gratitud. A ella retorno de nuevo como emocionada despedida.

Gracias por honrarme del modo inmerecido y generosísimo en que lo habéis hecho.

Gracias por permitirme acompañaros en vuestra labor educativa, la más noble tarea de cuantas existen.

Y, gracias a cuantos hoy aquí estáis, por hacerme sentir el calor de vuestra amistad, de vuestra cercanía.

Allá donde haya un proyecto que aspire a hacer crecer a las personas, que se funde en el afán de la equidad y la justicia, que mire a la vida con arrebatada ilusión, allá siempre me encontraréis. A mí y a mis obras.

Sé que también allí, empeñados en idéntica misión, os hallaré a cada uno de vosotros. Y que juntos podremos así seguir forjando ese horizonte humanizador que orienta nuestras vidas, alimenta nuestros propósitos y da pleno sentido a nuestro existir.

Muchas gracias.